

Alerce

Nueva época, Año 4, N° 39, Noviembre de 2017. Director: David Hevia



Nissim Sharim Pone en Escena el Aporte de Jorge Díaz a la Dramaturgia

Por David Hevia

Además de trabajar con Jorge Díaz, tú fuiste su amigo. ¿Cómo lo conociste? ¿Fue en el marco del Ictus, o antes?

Lo conocí personalmente en el Teatro Ictus. Como dramaturgo lo había conocido un poquito antes, estoy hablando del año 62, había visto una o dos obras de él. El conocimiento personal fue muy rico desde el comienzo.

¿Cómo era trabajar con Jorge Díaz?

Fue muy gratificante para los que empezábamos en labores de autoría o de coautoría dramática. Él era muy generoso, compartía con los demás lo que sabía y los demás compartíamos con él las pocas cosas que él no sabía. Tuvo el mérito de no ser un dramaturgo de escritorio solamente, aunque era capaz de seguir la estimulación de la evocación que da el lenguaje, pero seguía al mismo tiempo lo que ocurría en el ámbito que le rodeaba, tanto en el teatro en el que trabajábamos, como en el país. Esa primera etapa resultó muy prolífica porque él estrenó por lo menos cinco o seis obras antes de irse a España, algunas en las cuales nosotros intervenimos bastante en términos de decisiones.

En esa época el Teatro del Absurdo todavía se conocía más desde fuera de Chile que desde Chile.

Sí, a él le cargaba que le dijeran que era un autor de Teatro del Absurdo, pero sí lo era, y fue uno de los que lideró el teatro del absurdo en Chile. Lo que ocurre es que el Absurdo tiene muchos prismas desde donde mirar. A veces es simplemente una manipulación del material dramático, y otras es una utilización de la ironía en relación a los tiempos que vivimos.

¿Cómo eran esos tiempos para ti?

Absurdos (*risas*). Absurdos desde el punto de vista de los ideales, de aquello a lo que aspirábamos los jóvenes. Se les combatía mucho y la verdad es que una manera de apoyarlos era la elevación al nivel artístico del problema.

Comentabas que no le gustaba esto de la clasificación, de las etiquetas. Y él señalaba también que no se sentía escritor, que no venía del oficio del lenguaje, sino más bien de la puesta en escena. ¿Cómo vives tú esa dimensión en el marco de tu trabajo con él?

Yo no recuerdo que haya dicho que viniera del marco de la puesta en escena. Lo que sí le escuché decir muchas veces, era que a él lo seducían las palabras. Y lo que tenía de bueno es que no se quedaba solo en aquel ámbito seductor de las palabras, sino que

participaba en las puestas en escena muy activamente, le sedujeran o no, pero él participaba. Cuando estaba dirigiendo alguno de nosotros, él muchas veces estaba a tu lado sugiriéndote cosas y planteándote problemas de puesta en escena.

¿Y la puesta en escena planteaba, de pronto, cambios a la escritura?

Sí, muchísimos. La segunda vez que se fue a España, que debe haber sido a comienzos de los 80, nos dejó un texto que se llamaba *Introducción al Elefante y otras Zoologías*, y ese texto en realidad, de alguna manera, lo transformamos en una especie de creación colectiva o de creación conjunta con Jorge, porque notándose mucho la mano de Jorge, en la puesta en escena -en la que él no participó-, se introdujeron muchos cambios y modificaciones.

Considerando que en Chile sus obras calaron hondo no sólo en la dramaturgia, sino también y hasta el día de hoy en las escuelas, como con *El Cepillo de Dientes*, *El Velero en la Botella*, que son obras clásicas, ¿qué crees tú que lo impulsó a radicarse en España?

Yo no sé por qué él se alejó tanto. Te puedo repetir algunas cosas simpáticas que él me dijo al respecto: “cuando hace un poco más de calorcito en Madrid yo me voy para allá y cuando llega la primavera a Santiago, regreso”. Y más o menos coincidían esas fechas con sus estancias y alejamientos del país. Coincidían con eso que parecía un chiste. Se me ocurre a mí que formaba parte de su exploración existencial, así como uno explora a través de lo que inventa en el teatro, él exploraba además en lo que se inventaba en materia de desplazamiento geográfico. Trabajó también para la televisión sueca y, en general, a él le interesaba mucho estar en todo aquello que le parecía interesante.

En 1993, Jorge Díaz recibe el Premio Nacional de las Artes de la Comunicación y, muy poco después, regresa definitivamente al país; sigue poniendo obras en escena y sigue publicando. ¿Notas una evolución entre las primeras obras que te sorprendieron de él y las que desarrolla a partir de los noventa en Chile? Por ejemplo, *Pablo Neruda Viene Volando*...

Ésa es una obra que él hizo con nosotros en Ictus y ahí hay unas cosas que me gustaría señalarte. Una es que Jorge siempre reconoció que a él le gustaba hacer obras por encargo. Hay varias anécdotas que lo definen muy bien. Él escribía en el Tavelli me acuerdo, y estaba escribiendo y pasaba alguien y le pedía “Jorge, ¿no tendrás alguna obra que me des?” (*risas*). Agarraba el maletín, sacaba una obra y se la pasaba. Y yo muchas veces le dije: ¡pero te van a asesinar! han asesinado muchas de tus obras; y él

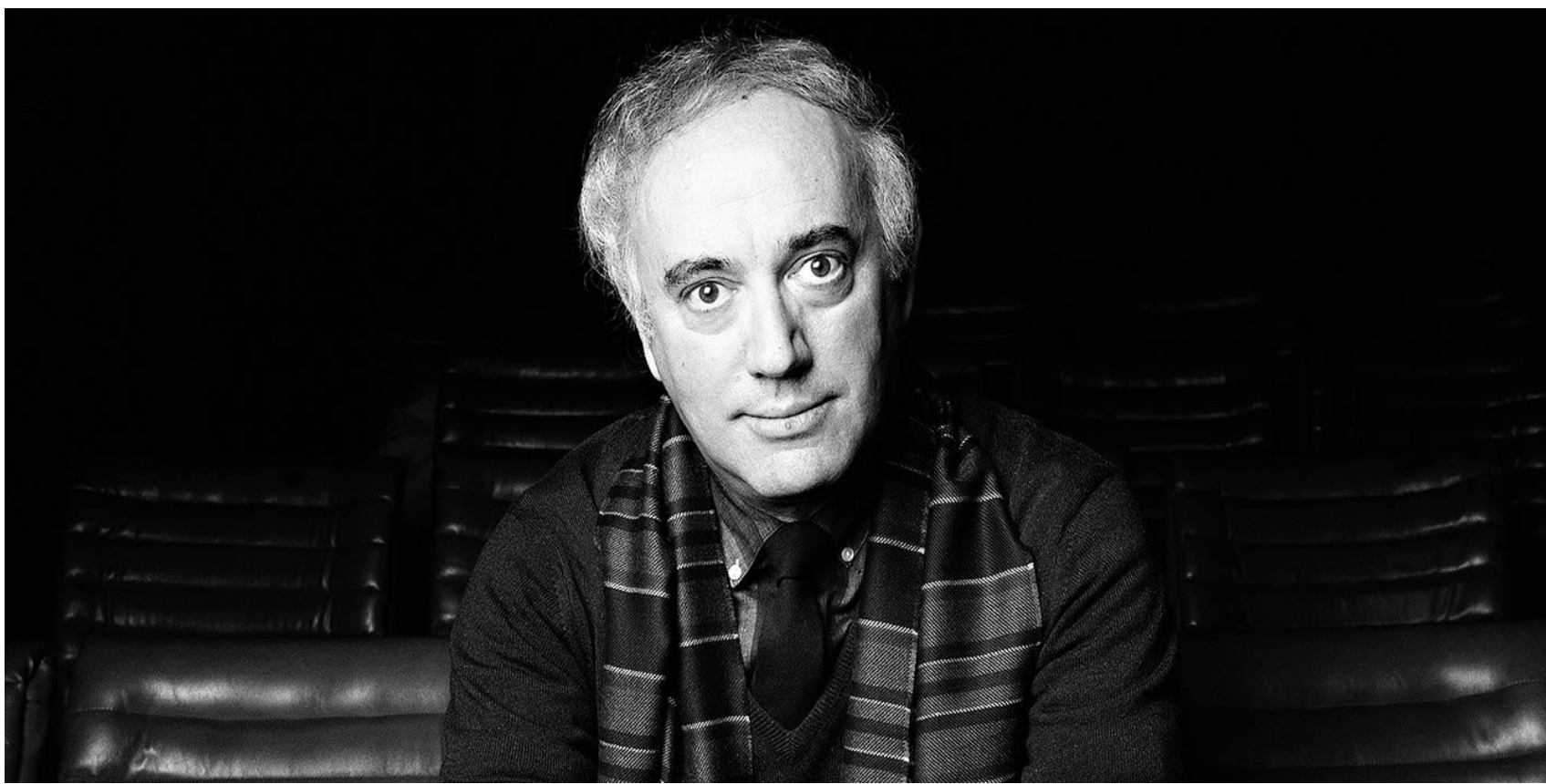
respondía “no importa, si ya están escritas; alguien las hará bien”. Y le importaba un pito. Lo otro, que fue dolorosamente gracioso, es que ninguno de nosotros quedó satisfecho con el resultado de *Pablo Neruda Viene Volando*. La idea era estupenda, tenía momentos muy buenos, pero la puesta en escena no estuvo a la altura, no reforzó lo que la idea central ofrecía. Me acuerdo que Jorge en una entrevista dijo: “Esta obra no fue una obra de creación colectiva, fue una obra de asamblea”, que es distinto, porque en una obra de creación colectiva siempre hay alguna ordenación que surge desde su nacimiento; no quiero decir que sea inflexible, pero alguna ordenación hay. Y en este trabajo había un director y varios interveníamos en la dirección. Jorge y el resto del equipo que eran como diez actores, que, a mayor abundamiento, fuimos invitados al Festival de Cádiz. Hicimos la obra en Cádiz, Madrid, Mérida, y después nos llevaron a París y, para sorpresa máxima nuestra, a la gente le encantó. Y yo recuerdo haber salido del escenario, haber mirado al público y haberlo visto como mirando para arriba. Y pensé: “a esta gente le está cargando el asunto, porque además no entienden nada”... no había subtítulos de lo que se decía; pero la gente estaba muy entretenida, porque, claro, las palabras y la expresión literaria tenían mayor valor, a mi juicio, que nuestra puesta en escena.

Era un hombre exigente con lo que hacía.

Sí.

¿Lo sentiste como un maestro para tu generación?

Más que maestro, un ejemplo. Porque tú puedes ser un ejemplo sin ser maestro y puedes ser maestro sin ser un ejemplo. Yo creo que era un ejemplo de alguien que se atreve a cruzar ciertas fronteras; fronteras de la profesión, por una parte, de la severidad, por la otra, y encontrar caminos que hasta el momento parecían pertenecer al primer mundo solamente. Para nosotros fue muy grande y tremendamente grata la sorpresa de entender que el trabajo que nos entregaba Jorge hacía ya 50 años, tenía tanto o más valor que el que nos entregaba Ionesco u otro autor de la vanguardia de aquella época. Nosotros montamos dos o tres veces *La Cantante Calva* y, la verdad, es que Jorge estaba en su salsa ahí. Incluso actuó, porque Jorge al comienzo quería ser actor, iba a ser arquitecto y actor, y no, terminó en esto. Actuó en varias obras infantiles que hicimos y era muy divertido porque era muy tímido. Le daba susto entrar al escenario, pero entraba.



IN MEMORIAM: SAÚL SCHKOLNIK

Ha partido Saúl Schkolnik (1929-2017), una de las más lúcidas plumas nacionales que dedicara su obra, en verso y prosa, al mundo de los niños. Ganador en 1979 del Premio Latinoamericano de Literatura Infantil, defendió siempre el desarrollo de una redacción capaz de motivar la inteligencia de los pequeños, mostrándoles la realidad social, tal como hiciera en su condición de director de la revista Cabro Chico, de Editorial Quimantú, desde cuyas páginas marcó un contrapunto a las tergiversaciones introducidas por la industria a los clásicos de Charles Perrault, los Hermanos Grimm y Hans Christian Andersen. Incansable maestro, nominado en dos ocasiones para el Premio Nacional, deja a las futuras generaciones una bibliografía prolífica, a cuyas páginas Alerce rinde tributo compartiendo aquí con sus lectores uno de sus más emblemáticos relatos breves.

¿Por qué las Lágrimas Son Transparentes?

HABÍA una vez, en un lugar cercano, un río. Era un río muy ancho, que corría majestuoso y sereno, llevando por su cauce toda el agua de la región. Y era además un río muy bueno, pues dejaba que todas las lavanderas lavaran su ropa en la orilla. Y dejaba también que los niños se bañaran en sus aguas. Y dejaba que los campesinos abrieran canales para regar sus campos. Y dejaba que las niñas se miraban como en un espejo para peinar sus trenzas. Era un río muy bueno. Pero no era un río como los que tú conoces. No! Era un río muy diferente. El agua que llevaba era agua de color! Tenía agua azul, agua roja, blanca, lila, amarilla, verde... en fin, de todos los colores. Mirándolo parecía como si uno estuviera contemplando un hermoso arco iris.

Una tarde, una de esas tardes sombrías y largas, llegó una niña triste hasta la orilla del río y se sentó apenada.

—¿Qué te sucede?— le preguntó el río al verla tan pequeña y desamparada.

—Tengo pena— contestó la niña.

—Si tienes pena, asómate a mi orilla, mírate en mis aguas de colores y así se te pasará tu tristeza— le dijo el buen río.

Se inclinó la niña, asomándose a la orilla del río y vio una carita triste reflejada en el agua, pero también vio el reflejo del sol que estaba allá en lo alto, y vio que se estaba poniendo viejo, vio que algunos de sus rayos ya no eran dorados, eran grises, grises como el pelo de los bisabuelitos, y esto la hizo olvidarse de su propia pena.

—Amigo sol— le dijo—. ¿Qué te sucede?

—Me estoy volviendo viejo. Mis rayos comienzan a ponerse grises. ¿Cómo podré entonces iluminar al mundo? ¿Cómo podré dar calor a los niños?

Se imaginó la niña un mundo sin luz y a los niños

tiritando de frío, y pensó que tenía que ayudar a su amigo sol.

—No te aflijas, yo tengo la solución de tu problema— le respondió— asómate a la orilla del río y mírate en su agua dorada.

Lo hizo así el sol y contempló su imagen y sus rayos brillantes y dorados, y sonrió satisfecho dándoles más luz a la tierra y más calor a los niños.

Viéndolo feliz la niña le preguntó al río:

—Amigo río, ¿puede el sol dejarse tu agua dorada para rejuvenecer?

—Si eso ayuda al sol, se la regalo— contestó el buen río.

Y le regaló su color dorado.

En ese momento una garza se posó junto a la niña; estaba preocupada y afligida.

—¿Qué te sucede?— le preguntó la niña.

—Amiga mía— le dijo—, no sé qué hacer.

Yo era blanca como la nieve, pero en el camino hacia estos lugares me ha caído hollín, me ha salpicado el barro y me he manchado. Por más que lavo mis plumas no he podido volver a recuperar mi blancura, ¿qué puedo hacer?

Miró la niña y vio que en efecto la pobre garza estaba sucia, salpicada de barro y ella le dijo:

—Asómate a la orilla del río y mírate en su agua blanca.

Se asomó la garza y vio su imagen en el río tan blanca como la nieve.

Todas las manchas habían desaparecido. Batió la garza sus alas blancas y suspiró dichosa.

Viéndola feliz, la niña le pidió al buen río que le regalara su agua blanca, pues así ya no tendría manchas.

Y el río le regaló su color blanco.

El cielo, que estaba cubierto de nubes y muy abatido vio aquello y la llamó:

—Niña amiga— le dijo.

—¿Qué te sucede amigo cielo?— le preguntó la niña.

—No sé qué hacer— le contestó el cielo—, las lluvias me están destiñendo. ¿Recuerdas ese hermoso y profundo azul que yo tenía? Pues mírame, mírame ahora... ¡apenas si estoy celeste! Si sigo así voy a desaparecer por completo y los volantines no podrán volar por ningún cielo.

Lo miró la niña y vio que, en efecto, el cielo ya no tenía un azul intenso. Pensó que si seguía destiñéndose podría hasta llegar a desaparecer, y sin recordar su propia pena se compadeció de él.

—Asómate a la orilla del río y mírate en su agua azul— le dijo.

Se miró el cielo en el agua y vio su imagen azul: de ese azul que parece perderse en las profundidades misteriosas del cielo. De ese azul que aman los pintores y cantan los poetas: “¡Qué bien me veo!”, pensó.

Adivinando su pensamiento, la niña le dijo:

—Pidámosles al río que te regale su agua azul para que recobres tu belleza y tu profundidad.

Y el río le regaló su color azul.

Una copihuera crecía en las márgenes del río.

Pero era una copihuera que no podía dar copihues.

—¿Por qué no puedes dar flores?— le preguntó la niña—, ¿qué te sucede?

—Niña amiga— contestó pensativa la planta—, no puedo dar copihues porque se me ha olvidado cómo era el color de mis flores. ¿Qué puedo hacer? Ahora sólo tengo hojas, y nadie se acerca a tomar un copihue para su amada; si tuviera uno te lo regalaría— añadió.

Se acordó la niña de los enamorados tiernos y románticos, y de cómo tímidamente le daban una flor a su amada mientras miraban pasar las aguas del río, y se compadeció de la copihuera.

—Asómate a la orilla del río y mírate en su agua roja— le dijo.

Así lo hizo la copihuera y se vio, al mirarse en el agua, cubierta de grandes copihues, rojos como la sangre y

perfumados. “Cuántos copihues tengo, se alegró, y son tan grandes y lindos! ¿Quién querrá alguno?”.

—Son hermosos tus copihues en verdad— le dijo la niña—, así que le pediré al río que te dé su agua roja para que tengas muchas, muchas flores.

Y el río le regaló su color rojo.

Uno a uno, la niña con pena y el buen río, fueron regalando los colores.

El verde se lo regalaron a un árbol verde que no podía, en primavera, reverdecer. El negro a la negra noche. El gris a una nube tormentosa, el lila a un atardecer y el morado a una ciruela.

Pero entonces el río se acordó de la pena que la niña tenía y le preguntó:

—Niña, no me has dicho aún, ¿por qué tú tienes pena?

—Yo tengo pena, río... porque tengo pena— contestó la niña y se quedó callada.

—Pobre mi niña triste— le dijo el río acariciándola con su espuma.

—Tengo pena porque ya no soy una niña— siguió diciendo la niña—, ya soy una persona grande... y claro que me gusta ser grande pero me da mucha pena, porque ya no puedo jugar con mis muñecas, y no puedo tirarle piedras a las gallinas, y no puedo subirme a las sillas ni saltar en las camas... y no es que eso lo eche mucho de menos...— añadió suspirando.

—Pero te da pena— le indicó el río.

—Me da pena hacerme grande, me da pena no ser más niña— terminó diciendo la niña—, y no sé qué hacer.

Entonces el río le preguntó:

—¿Por qué no lloras si es pena lo que sientes?

—¿Llorar?... llorar, ¿y para qué se llora?— preguntó extrañada.

—Se llora para aliviar las penas— le contestó el río, se llora, se canta y se ríe para aliviar las penas, pero primero, primero se llora.

—Entonces quisiera llorar un poquito pero ¿sabes, mi río?— le confesó avergonzada—, no sé llorar, porque hasta ahora nunca he llorado. ¿Cómo se hace para llorar cuando uno tiene pena?— preguntó la niña, que hasta entonces nunca había llorado de pena.

—Nacen en tu corazón unas lágrimas y se asoman a tus ojos— le enseñó el río—; esas, son lágrimas de pena.

—Una lágrima de pena— repitió para sí la niña—. ¿Cómo serán las lágrimas de pena?

El río oyó la pregunta y se compadeció de la niña:

—Asómate a mi orilla y mírate en mis aguas de colores, para que tu lágrima tenga todos los colores del mundo y tú puedas alegrarte— le dijo.

Tan triste se había puesto el río, tan suavemente pasaban sus aguas río abajo que se había olvidado por completo que ya no eran de color, que él y la niña los habían regalado todos.

Se inclinó la niña, asomándose a la orilla y una lágrima que había nacido en su corazón se asomó a los ojos y rodó despacito por la mejilla.

Era una lágrima grande, y era transparente como el agua del río que ya no tenía colores.

Otras lágrimas transparentes y cristalinas mojaron la carita de la niña y fueron cayendo al agua.

El río miró las lágrimas y se dio cuenta de que no tenían color; entonces se acordó de que los había regalado todos y, aunque estaba feliz de haberlo hecho pensó que le hubiera gustado tenerlos en ese momento, para aliviar la pena de la niña.

Ahora el cielo adivinó lo que el río pensaba y se puso a llorar despacito y el sol iluminó con sus rayos las gotitas de lluvia del cielo, y un arco iris apareció en el que estaban todos los colores del mundo.

Todos los colores que antes habían tenido las aguas del río.

La niña miró el arco iris y en sus lágrimas se formó otro pequeñito, pequeñito como había sido la niña, se metió por sus ojos y deshizo con sus colores las penas y le alegró el corazón.

La niña miró el río y vio su imagen en el agua, sonriendo. En la mejilla, sin atreverse a salir del todo, había quedado una lágrima rezagada, tímida, pura y transparente.

Había una vez, en un lugar cercano, un río.

Era un río muy ancho, que corría majestuosamente y sereno, llevando por su cauce toda el agua de la región.

Y era un río como los que tú conoces, sólo que sus aguas eran tan transparentes y puras como las lágrimas de los niños.



Sociedad de Escritores de Chile

Esríbenos a alerce@sech.cl

En la imagen, Las Lágrimas de Freya, de Gustav Klimt.

